940.1
G3311.E
c.4

LÉOPOLD GENICOT

EL ESPÍRITU DE LA EDAD MEDIA

convocaba los concilios o autorizaba sus reuniones [40] y ejercía de esta manera una influencia que contrabalanceaba peligrosamente la del Solio Pontificio. El peligro del fraccionamiento de Occidente en Iglesias nacionales era un peligro real.

Este peligro lo conjura uno de los más grandes papas de la Historia. A fines del siglo VI Gregorio I logró que todos cobraran conciencia realmente de la primacía romana [41]. Su *Liber regulae pastoralis* en donde traza el retrato del pastor de almas ideal, sus *Moralia* o comentarios sobre Job, sus *Dialogi* relatos de los milagros obtenidos por la intercesión de santos personajes recientemente fallecidos, sus *Antiphonale* de donde surge el "canto gregoriano", y otros escritos, gozaron de una amplia difusión y valieron a su autor y a la función que éste desempeñaba un prestigio considerable [42]. Por sus esfuerzos se prepara el fin del cisma de Aquilea y las negociaciones que, a pesar de los bizantinos, sostiene con los lombardos preparan la conversión de los invasores. En las cartas a los obispos de España y sobre todo de la Galia se manifiesta de modo concreto la autoridad suprema que su cargo le daba sobre ellos. La iniciativa de evangelizar a los anglo-sajones es aún más feliz. Llegaría a conseguir la constitución de dos Iglesias: la de Inglaterra y la de Germania estrechamente sometidas al Papa. Conseguiría incluso que los irlandeses adoptasen en el año 704 las costumbres romanas [43]. Cien años después de la muerte de Gregorio, la última resistencia a la Santa Sede sería así vencida.

Al difundirse por Occidente, la Iglesia hacía algo más que darle una creencia: puesto que ella era una, le daba unidad. El dogma, aún mal conocido, estaba sobre los individuos y sus concepciones personales y era suficiente para dar a todos una sola visión del universo. La Iglesia estaba también por encima de los reinos y de las razas y sobre todo por encima de la oposición de bárbaros y romanos cuya persistencia hubiera comprometido o anulado el desarrollo de la civilización: "Ya no hay escitas, ni aquitanos, ni lombardos, ni alamanos, porque el Señor ha sufrido la pasión para que en su sangre se unieran los que estaban alejados y desaparecieran las separaciones" [44]. La Iglesia se halla además por encima de las culturas: al contrario de otras religiones extrañas al espíritu latino, el Islam por ejemplo, el Cristianismo, nacido en el Imperio y convertido en su religión, constituía un nexo de unión entre el mundo antiguo y los nuevos tiempos. La piedra angular de la Edad Media había sido colocada: la adhesión al mismo credo interpretado por el mismo jefe.

Capítulo IV

LOS PRIMEROS RESPLANDORES

Los Carolingios

En el año 639 la muerte de Dagoberto I da lugar a una crisis en el más importante de los reinos bárbaros. La Galia franca se descompone y en sus despojos la autoridad se debilita. Mientras que Aquitania vuelve a su particularismo, Austrasia se levanta contra Neustria y Borgoña. Allá donde reinan, los merovingios, fin de una raza, víctimas y presas del libertinaje, no aciertan a mantener el orden. Toda la obra de Clodoveo queda comprometida.

Una nueva familia neutraliza el peligro. Sus jefes, mayordomos de palacio, duques o príncipes de Austrasia, restauran la unidad y conjuran la anarquía. Victoriosos en Tertry en el año 687 unen de nuevo a su Austrasia, Neustria y Borgoña. Después se hacen con las riendas del Estado [1]. Tras algunos decenios esta situación de hecho se convierte en un estado de derecho: heredero de cuatro generaciones de hombres ricos, poderosos, hábiles y enérgicos Pipino el Breve es proclamado rey por los grandes en el año 751.

La dinastía que inaugura terminará y rematará la evolución que ha tenido lugar en Occidente, desde el siglo V al VII, a lo largo de unos cien años. Esta dinastía conformará las estructuras definitivas de este Occidente, manifestará un interés real por las letras y las artes y ayudará al Cristianismo a imponerse por completo. Se esforzará, asimismo, en instaurar o restaurar el orden y la unidad en todos los sectores sociales. Va a permitir de esta manera la primera eclosión de la civilización medieval.

Programa inmenso, demasiado pesado para un solo hombre aun

cuando éste fuera genial. No lo realiza un individuo sino una serie de ellos. Carlomagno la encabeza legítimamente con su nombre. Pero el programa había sido ya admirablemente preparado por Pipino el Breve y será continuado, aunque con menor brillantez, por Luis el Piadoso y Carlos el Calvo. Olvidar a su predecesor y a sus sucesores y atribuir a Carlomagno todos los méritos del "renacimiento carolingio" sería cometer un error y una injusticia.

A partir del año 250 Occidente se ha ido alejando de Oriente. A partir del año 500 su centro de gravedad se ha deslizado hacia el Norte. Hacia el año 800 los éxitos militares de los carolingios y su corolario, la transformación de su reino en Imperio, ponen punto final a estos dos movimientos.

Las necesidades políticas y estratégicas determinan a Pipino el Breve y a Carlomagno a tomar sobre sus hombros el imperialismo de los merovingios y de sus hombres[2]. Al norte y al este éstos traspasaron las fronteras naturales de la Galia. Pero a la vez introdujeron de golpe en esta "*Franquia* más grande" pueblos generadores de problemas. Y si vencieron en numerosas ocasiones a los frisones, sajones, alamanos y bávaros no llegaron a pesar de todo a pacificarlos. Es preciso reducirlos cueste lo que cueste a la obediencia. Si se consigue se asegurará la paz interior en esta zona. Se alcanzará también la primera falla situada más allá del Rin: el Elba. Al sur, Eudes de Aquitania y Carlos Martel detuvieron a los árabes. Pero la seguridad exterior exige que se alcen los montes entre ellos y estos peligrosos vecinos. Al sudeste los lombardos cercan al Papado. Caso de imponer a éste su tutela se harían con el prestigio de que gozaba a la muerte de Gregorio I; se convertirían en los bárbaros más importantes.

Las razones religiosas no son menos poderosas. Pipino el Breve ¿podría no responder a la llamada angustiosa de la Santa Sede que le ha consagrado y por lo tanto apoyado en su lucha contra los "legitimistas" merovingios? "Rey y sacerdote, jefe y guía de todos los cristianos" según se llama a sí mismo Carlomagno, ¿toleraría la persistencia del paganismo entre el Rin y el Elba y la sumisión de los fieles de España a los moros?

En fin, quien dice guerra dice conquistas y botín. Rescatar tierras y riquezas de los vecinos es una ocasión de hacerse con un dominio y con rentas, es también la posibilidad de retribuir a sus auxiliares, a esa aristocracia austrasiana y alamana cuyo concurso es indispensable a la nueva dinastía, es el medio de llevar a cabo una política gloriosa, pero costosa, de apoyo a las artes y a las letras.

Las campañas, pues, se suceden, frecuentemente con el primer carolingio e incesantemente con el segundo. Y los laureles se amontonan. La Frisia claudica. Sajonia, rebelde durante tanto tiempo, se somete finalmente al yugo. Bohemia entra en la esfera de la influencia franca. Baviera deja de ser un ducado prácticamente autónomo. Carintia, dependencia suya, es absorbida con ella. Carniola e Istria son anexionadas. El reino lombardo queda suprimido y los Estados pontificios, nacidos de sus despojos, estrechamente vigilados. Los árabes abandonan la Septimania y retroceden hasta más allá de los Pirineos, una de las cabezas de puente desde donde comenzará la "reconquista". La irreductible Bretaña se ve dividida. En el 814 Francia *longue lateque dilatata* según la expresión de Jonás de Orleans[3] se extiende desde la Mancha y la Vilaine hasta Trieste y Brindisi y desde el Elba hasta Barcelona.

Engloba pues todo Occidente. Sajonia de Widukind y de Hroswita, Alemania de San Gall, Lotaringia de Notgerio y Reniero de Huy, Flandes de las comunidades y los paños, Normandía de la Abadía de los hombres, Champaña y sus ferias, la Isla de Francia del glorioso gótico y la escolástica triunfante, Beauce con sus cartujos, Borgoña de Cluny y del Císter, Aquitania de los más antiguos trovadores, Cataluña y Lombardía con su "primer arte románico", Romaña de los juristas de Rávena y Bolonia; ninguno de los focos de civilización occidental quedan fuera de su férula. Incluso Inglaterra colabora estrechamente con ella: Cantorbery y York le envían a Bonifacio y Alcuino y la dinastía devuelve a cambio el arte carolingio[4].

Esta unión de pueblos tan diversos bajo una sola autoridad o dentro de una misma comunidad natural es de nuevo obra de los hombres del Norte. Los merovingios habían salido de Tournai. Los carolingios, descendientes de Arnoldo de Metz y de Pipino el Viejo, proceden de loreneses y sobre todo de mosanos. Sus propiedades están en el Valle del Mosa medio y allí dan sus cacerías y tienen las abadías familiares[5]. En esta región que conocen y que aman establecen su capital. Después de la conquista de Frisia y de Sajonia, Aquisgrán deja de estar en la frontera para encontrarse en el corazón mismo del Imperio.

Así acaba el movimiento iniciado por Clodoveo. El centro político de Occidente se desplaza algunos kilómetros aún más hacia el norte y arrastra con él a los centros culturales. Saint-Wandrille, Saint-Denis, Laon, Corbie, Saint-Bertin, Saint-Riquier, Reims, Metz, Utrecht, Aix, Colonia, Fulda, Lorsch, Corvey, Reichenau y Saint-Gall

son, junto con Tours, Ferrières, Orleans, Fleury-sur-Loire, Lyon y Aniane las grandes escuelas y los grandes *scriptoria* de la época.

La obra política es cierto que será efímera. El imperio carolingio se fragmentará muy rápidamente. Pero el mundo carolingio subsistirá. Lo mismo que al Imperio árabe le sobrevivirá el mundo árabe. Unas conformadas, otras reajustadas por las mismas manos poderosas de los reyes, los misioneros y los monjes, todas las naciones occidentales presentarán de ahora en adelante rasgos fundamentales idénticos. Y la preponderancia sobre este Occidente corresponderá, hasta los comienzos del Renacimiento, a las regiones situadas entre el Loira y el Rin.

La expansión franca tiene además otras consecuencias. Convierte a Carlomagno en soberano de inmensos territorios, en señor de la antigua capital de los Césares, en protector del Papado y defensor de la Iglesia católica. En una palabra: en el igual por lo menos del *Basileus* y en mayor grado que aquél, en el heredero de los emperadores del siglo IV. De esta manera prepara, reclama incluso, su accesión a la dignidad suprema. Para los occidentales la ceremonia de la Navidad del año 800 es, en cierto modo, como la del 751, la consagración de un estado de hecho [6].

Pero la coronación de Carlomagno es también una afirmación de independencia frente a Bizancio [7]. Acaba con la ficción, tanto tiempo mantenida después de las invasiones germánicas, del poder universal de los sucesores de Constantino. Aniquila la esperanza de reconstituir un Imperio romano agrupando bajo una misma autoridad a todos los pueblos situados a este lado del Rin y del Danubio. De ahora en adelante en Occidente no se hablará ya sino de un "Imperio cristiano" que, como se verá, no conserva con el primero sino algunos rasgos comunes [8]. Los *Basileis* no se dejan engañar: protestan contra "la usurpación" de los carolingios. Pero, demasiado débiles, se ven obligados a aceptarla e incluso a reconocerla. El movimiento que se inició al llevar la sede imperial desde las orillas del Tíber a las riberas del Bósforo está desde este momento casi terminado: Occidente no se halla ya unido a Oriente sino por un tenue vínculo religioso, que se ha roto varias veces y que pronto terminará por romperse definitivamente.

Al mismo tiempo que asientan las bases de la Europa medieval, los carolingios dan impulso a las letras y a las artes. Les llevan a ello varios móviles. La preocupación primeramente de la formación del clero, el deseo luego de crear una élite laica de la que poder obtener

colaboradores, y por último la admiración por Roma y la ambición de convertir sus Estados, siguiendo el ejemplo de aquélla, en un foco de cultura. Por lo tanto recogen y acogen todo lo que pueda alimentar la vida cultural: obras maestras de la literatura latina, tratados filosóficos griegos, homilías cristianas, manuales y compilaciones de los primeros autores medievales, colecciones canónicas, cantos épicos germánicos, nada les deja indiferentes. No desdeñan ninguna fuente, sea Inglaterra, España, Italia o Irlanda.

Inglaterra resulta la más fecunda [9]. Comparte generosamente con Francia los tesoros acumulados después de Teodoro de Tarso y Benito Biscop. Abre a los continentales sus escuelas y bibliotecas, por ejemplo al frisón Ludger que termina en York sus estudios comenzados en Utrecht y se lleva un buen número de libros. Y sobre todo durante todo el siglo VIII no deja de enviar al Continente los mejores y más eruditos de sus hijos, misioneros y maestros repletos de ciencia y bien cargados de manuscritos entre los que destacan las figuras de Bonifacio y Alcuino. El primero es uno de los apóstoles más importantes e interesantes de la Edad Media exaltado por el celo de servir a Dios pero también accesible al descorazonamiento, quemado por la caridad y vibrante de ternura [10]. Pero antes de abandonar su isla donde se ha dedicado a la enseñanza y ha redactado una gramática, y escrito versos, además de sus trabajos como apóstol, sigue siendo un humanista. Persuadido de que las ciencias profanas son útiles, si no ya indispensables a las ciencias sagradas, inculca esta convicción a su corresponsales como el joven Nitardo y a sus discípulos como el bávaro Sturm pronto fundador del gran centro cultural de Alemania, la abadía de Fulda. Allí por donde él pasa incita a los cristianos, sobre todo a los clérigos, a no descuidar las artes liberales. *Ut liberalium litterarum scientiam et divini intellectus flagrantem spiritualiter ignem non extinguas* escribe [11]. A partir de Carlos Martel inaugura la cátedra que Alcuino continuará dos generaciones más tarde.

El llamado "Ministro de Instrucción pública de Carlomagno" no es ni un gran escritor ni un pensador original, pero tiene otras cualidades que las circunstancias hacen preciosas. Heredero del espíritu y de los métodos de Beda es un maestro fuera de lo corriente y la Galia es de esto de lo que tiene mayor necesidad en el momento de su renacimiento [12]: Redacción de manuales, simples pero claros, a los que su forma dialogada hace más comprensibles, práctica entre profesor y discípulos de la *disputatio*, constitución de bibliotecas que permiten el contacto directo con los autores y tantos otros medios con los que convierte la enseñanza en algo vivo y sustancial. ¿Podríamos tener me-

jor prueba de los talentos pedagógicos de Alcuino y de su profunda influencia que la categoría de sus alumnos y el cariño que siempre le testimoniaron?

Pero las riquezas de que les colman Bonifacio, Alcuino y otros anglo-sajones no bastan a los carolingios. La política les lleva hacia Italia donde todavía brillan los últimos resplandores de la Antigüedad. De Roma principalmente se llevan muchos manuscritos [13] y más tarde, a partir del año 774, se llevan de la Lombardía escritores y profesores, Pedro de Pisa, Paulino de Aquilea y Pablo Diácono. La política también obliga a algunos visigodos a abandonar la patria de San Isidoro de Sevilla caída en poder de los moros. Los carolingios les dan hospitalidad y acogen al más cultivado de ellos, Teodulfo, otorgándole un lugar preeminente en su corte. Siempre por causas políticas los irlandeses siguiendo el ejemplo de Colombano determinan abandonar la isla de los Santos que ha sido asaltada por los vikingos. Se apresuran a recibirlos también confiando a los unos la dirección de la Escuela de Palacio y consultando a los otros con mucha frecuencia. De esta manera todo el patrimonio intelectual del Occidente bárbaro queda allí concentrado. Es incluso más que esto puesto que Roma y Constantinopla le envían manuscritos griegos y traductores helénicos y bizantinos [14].

También en las artes la Galia carolingia es un punto de convergencia. Se abre a las influencias que llevan las miniaturas anglosajonas o italianas y las telas y orfebrería orientales. Recoge las ideas que perpetuaban en su estructura y ornamentación los monumentos de la Roma antigua y cristiana, de la Rávena bizantina y hasta de la Tarrasa visigoda. Estas aportaciones extranjeras no hacen sino superponerse y ajustarse a las tradiciones indígenas [15]. Los merovingios sabían levantar un edificio y decorarlo con pinturas. Sus descendientes no se ven obligados en este aspecto, como se ven en el caso de las letras, a tomar todo de sus vecinos. Porque en el mismo momento en que el inglés Alcuino, el lombardo Pablo Diácono y el español Teodulfo dirigen absolutamente el movimiento intelectual carolingio, es en cambio un franco, Eudes de Metz, quien construye la capilla palatina de Aquisgrán.

Por último los mayordomos de palacio y los reyes carolingios no ahorran esfuerzo alguno para difundir la fe católica entre los paganos y el espíritu del evangelio en la vida social. Tanto por interés como por celo. Conocen la importancia política del factor religioso. Convertir a pueblos todavía independientes o recientemente sometidos es preparar o conformar su incorporación total al *Regnum Francorum*.

Darle a éste una idea cristiana cada vez más actual y activa, es darle esa cohesión que tan necesaria se hace dado que el reino está constituido por gentes de razas muy diversas, que se extiende además por vastos territorios y que está desprovisto de una sólida armazón administrativa. Consideraciones poderosas. Pero no son éstas solamente las que determinan a un Carlomagno o a un Luis el Piadoso. Sus profundas convicciones religiosas les impulsan tanto o más que los imperativos temporales.

Pipino el Breve y sus descendientes se colocan, pues, siempre al lado de los misioneros y a veces a su cabeza. En las tierras de dominio franco les presentan a los grandes. En los países vecinos les abren camino a fuerza de batallas. En Sajonia, con Carlomagno, incluso toman la "dirección de las operaciones", fijan objetivos, reparten cargos y olvidando, a pesar de las advertencias de Alcuino, "que se puede conseguir que un hombre crea pero no se le puede obligar a ello", fuerzan a los vencidos, hasta bajo pena de muerte en una ocasión, a recibir el bautismo. En gran medida, gracias a este apoyo constante, los monjes anglosajones y sus émulos y discípulos continentales pueden ganar definitivamente Germania y Frisia y, sobre estas bases, lanzarse a nuevas conquistas.

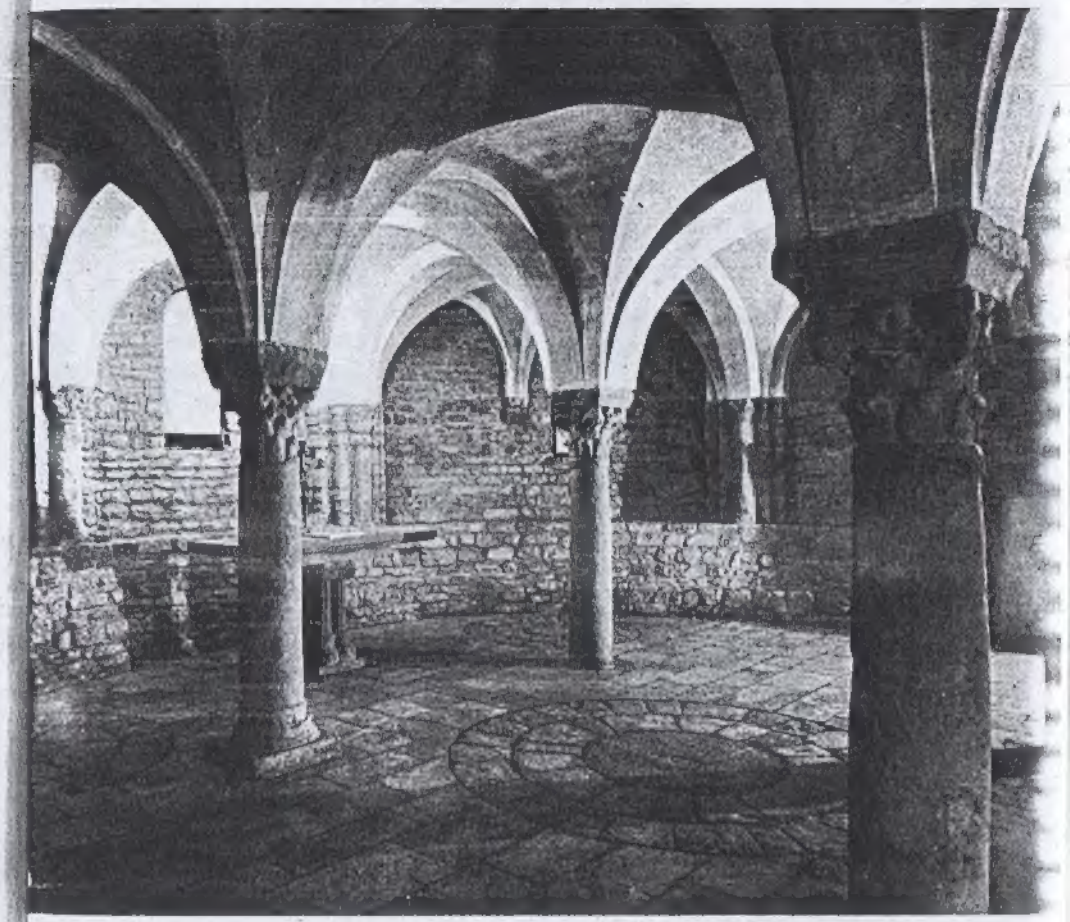
Germania y Frisia. En cuanto se escriben estos nombres surgen luminosas las imágenes de Bonifacio, este tímido a quien la fe llenaba de audacia, y de Willibrordo, ese espíritu vigilante cuya esperanza no conmueve ningún revés de fortuna. Apóstol de los germanos, apóstol de los frisones: nadie podrá quitarles esos títulos con que los honraron sus hijos espirituales [16]. Sus méritos son tan evidentes que, sin disminuir por ello su importancia, podemos señalar y subrayar que fueron otros quienes prepararon, participaron y terminaron sus trabajos. En Hesse, en Turingia y en Baviera, el Cristianismo había ya precedido a Bonifacio [17]. En el siglo VII tenía sus adeptos y allí se habían reclutado sacerdotes y consagrado obispos. Pero no se había llegado a ganar a toda la población y su dogma y moral habían sido contaminados por el paganismo. Sumar nuevos fieles, desterrar las doctrinas sospechosas y las prácticas idólatras, crear iglesias y monasterios, asegurar la dignidad de vida de los clérigos, completar la jerarquía y coordinar su acción, son las tareas a las que se entrega Bonifacio, enviado por Roma, del año 722 al 753 con el apoyo de Carlos Martel y de Pipino el Breve y secundado por sus compatriotas. Cuando en esta última fecha encuentra en el martirio una muerte apropiada a su talla, la Iglesia germánica, el sueño de su cuarentena, es toda una realidad. Más allá del Rin inferior, Willibrordo tiene menos fortuna.

Ante una tierra peor preparada, a pesar de los trabajos de los primeros anglo-sajones Wilfrido de York y Wigberto, y una resistencia contumaz de un pueblo para el cual catolicismo es sinónimo de dominación extranjera, Willibrordo a su muerte, ocurrida en el 739, no ha cristianizado sino la Frisia [18]. El norte del país no cede hasta después del año 770 también por la actuación de un inglés, Willehad, y de los nacionales Alberico y Ludger [19].

Apenas el éxito acaba de premiar estos trabajos en las marcas o en las fronteras del reino franco cuando la extensión de éste reclama nuevos esfuerzos a los misioneros. En el año 777 Carlomagno invita a la diócesis de Utrecht, representada por Willibrordo, a las abadías de Fulda y Hersfeld, fundadas por Bonifacio y sus compañeros, y a la más antigua de Amörbach en Baviera, a que participen en la evangelización de Sajonia [20]. En el año 787 Willehad y Patto de Amörbach eran nombrados primeros obispos de ésta con Brema y Verden por sedes respectivas [21]. Algunos años más tarde aún envía desde Frisia a Ludger y a Wiho y les confía las sedes de Münster y Osnabrück. Hacia el año 820 Luis el Piadoso termina la obra con tanto vigor — con demasiado vigor — emprendida por su padre, creando las diócesis de Halberstadt y Hildesheim. Más al sur, conducida por el irlandés Virgilio que Pipino el Breve ha colocado a su cabeza, la Iglesia de Salzburgo penetra, a mediados del siglo VIII, en la Carintia eslovena. En el 796, bajo la égida de Alcuino y la dirección de un alumno suyo, Arno, llega aún más lejos: ayudada por sus vecinos de Passau y de Aquilea lleva el Evangelio a los avaros y a sus clientes eslavos. De esta manera el Imperio entero llega finalmente a profesar la fe de Cristo.

Esta expansión en tierra pagana se conjuga con una mayor profundización en las regiones convertidas hace ya más tiempo. La "cristianización" progresa al mismo tiempo que la "evangelización". Es obra principalmente de los clérigos diocesanos. Éstos son numerosos: en el Norte, especialmente durante los siglos VIII y IX, se crean muchas parroquias. Se mejora también este clero: jerarquía eclesiástica y poder civil se interesan por su formación intelectual, atizan su celo y vigilan su conducta; cánones y capítulos exigen de él un mínimo de conocimientos teológicos, convierten en deber estar siempre a disposición de los fieles e insisten numerosas veces sobre la importancia de la predicación y del ejemplo [22].

Los preceptos cristianos no rigen solamente la conducta privada. Conforman también, o por lo menos tienden a conformar, toda la vida pública. En especial la vida política. La parte que toma la Igle-



13. Cripta de la catedral de Vich. Siglo XI. Los capiteles, de tipo califal, son del siglo IX.

14. Miniatura del «Beato» de la Seo de Urgel. Siglo x.

LA EVANGELIZACIÓN BAJO LOS CAROLINGIOS

sia en la elaboración de la legislación y en la administración del reino es ya característica [23]. Sus dignatarios y ministros rodean al monarca en palacio, intervienen en sus pleitos con los grandes señores laicos, y en sus concilios tratan de cuestiones temporales como la moneda o las medidas de capacidad [24]; los obispos desde su ciudad o los *missi* en visita de inspección controlan a los funcionarios. Pero hay algo más fundamental: la concepción que el soberano tiene de su misión [25].

Ya medite la Biblia o a San Agustín, el rey carolingio llega a la misma conclusión: como elegido del Señor, tiene por deber guiar a su pueblo hacia la nueva tierra prometida y construir con su ayuda la "Ciudad de Dios" donde las voluntades de las criaturas se confundan con la del Creador. Ordenar todo con respecto a Dios o, más concretamente, establecer el reino de la paz y de la justicia de Dios y con este objeto hacer que cada cual practique las virtudes cristianas y facilitarle la tarea o hasta imponérsela por medio de disposiciones

oficiales apropiadas: ésta es, en último término, la tarea que se impone a sí mismo.

¿Nos extrañaremos, pues, de que no sólo se ocupe de las cuestiones temporales? Enviado por el Altísimo para dirigir a su pueblo y responsable por tanto de su salvación ¿podría descuidar los asuntos religiosos como, por ejemplo, la conducta del clero o las disputas doctrinales? ¿Y si sacerdotes indignos o herejes equivocaran a los fieles? ¿Es ésta una cuestión que atañe únicamente a la jerarquía eclesiástica y debe limitarse a ratificar las decisiones de ésta? Pero en el Antiguo Testamento ¿existe acaso separación entre vida temporal y espiritual? Nuevo David, el rey carolingio ignora igualmente esta separación. ¿Practica, pues, el cesaro-papismo? Materialmente sí. Formalmente no. No busca sistemáticamente someter la autoridad religiosa a la autoridad civil, precisamente porque no establece diferencia entre una y otra. El rey, pura autoridad civil; el Papa y los obispos, pura autoridad religiosa: nada más extraño a su pensamiento. Si él interviene hasta en cuestiones de dogma reconoce en cambio a los sacerdotes el privilegio de inspirar y controlar sus actuaciones hasta políticas. Confunde. No subordina.[26].

Por comprensible que sea, esta actitud no deja de ser por ello menos peligrosa. Las consecuencias históricas lo probarán así: las concepciones de Carlomagno "rey de los francos y los lombardos y patricio de los romanos" siguen siendo las de Carlomagno "grande y pacífico emperador" y pasarán a sus sucesores en la púrpura. De aquí se derivará una noción nueva: la noción occidental y medieval del *Imperium*. El Emperador es el jefe, designado por Dios, del nuevo pueblo elegido; lo sagrado le inviste de la misión de guiar a la Cristiandad y protegerla contra sus enemigos externos e internos. Esto es lo que funde y a la vez limita su autoridad sobre los reyes: Toma el mando de los reyes cuando los intereses de esa misma cristiandad están en juego y en la medida en que los defiende. Pero el Papa también recibe del Todopoderoso un poder universal. ¿Quién de estos dos hombres debe detentarlo? La cuestión no se plantea explícitamente en el año 800. Pero inevitablemente habrá de ser planteada: desde el momento en que lo temporal y lo espiritual no componen sino un todo, la unidad de mando se impondrá también. Y estallarán conflictos: Son la Querella de las Investiduras y la Querella del *Dominium Mundi*.

La costumbre que, como hemos visto, se había generalizado en este momento de confiar a los dignatarios eclesiásticos un papel temporal, será algo que habrá que lamentar. Llevará a la autoridad civil

a arrogarse un poder: el privilegio de nombrar obispos y a escoger entre los candidatos más bien a gentes seguras y hábiles que hombres simplemente piadosos o llenos de celo apostólico. Impedirá a los mejores consagrarse enteramente a su tarea pastoral y apartará a los otros de su cumplimiento[27]. Así, será un factor de la decadencia de la Iglesia en los siglos X y XI.

Pero no culpemos de todo a los carolingios, no confundamos los períodos y no olvidemos las circunstancias. Su política tendrá consecuencias nefastas en una gran medida a causa de que el espíritu se debilitará. Pero esta política no es nueva: no hacen sino avanzar, guiados por el Antiguo Testamento, por una vía ya abierta en los comienzos de la alta Edad Media. Encaja perfectamente con las concepciones de las autoridades eclesiásticas mismas que tampoco establecen separación alguna entre política y religión. Responde a las necesidades de la época: la Iglesia franca necesita del Estado franco para disciplinarse y éste necesita de la Iglesia para encontrar consejeros seguros y bien formados. Esta política de momento es fecunda: convierte definitivamente al cristianismo en la única religión de Occidente unificado, el vínculo por excelencia entre los individuos y el cimiento de toda la vida social. En este sentido como en cuanto a estructuras geopolíticas o materiales de la cultura, los carolingios prosiguen y culminan la evolución en curso desde el fin de la Antigüedad.

Quieren aún más: quieren poner el broche de oro a la evolución. Al mismo tiempo se imponen la tarea de establecer el orden en su reino. Unidad y claridad podía ser la divisa de los carolingios o al menos una de sus divisas. Cuando sube la dinastía al trono en el 751 Occidente no es sino cambio y, por lo tanto, diversidad y mezcla. Hace algunos siglos que todo se mueve, fluctúa de modo inseguro; nada hay que haga papel de denominador común, ni existe delimitación precisa. Los carolingios lo comprenden así y ponen todo su empeño en terminar con el fraccionamiento y la confusión.

Buscan un denominador común incansablemente: ¿No llegan hasta prescribir el uso de las mismas unidades de peso y medida en todo el territorio? Reforman también el sistema monetario, renuncian a la acuñación de monedas de oro cuyo valor supera las necesidades de un comercio casi anémico y emiten un denario de plata, única moneda de curso legal y que además, dada su buena aleación y su buen peso, se gana rápidamente la confianza de todo Occidente[27]. En materia jurídica piensan en coordinar las leyes que rigen a los diferentes pueblos para tratar de hacer de una de ellas, la ley sálica, el único

código del reino[28]. No llegan a conseguirlo, pero realizan en cambio cierta unificación del derecho público y el penal arreglando parcialmente las *Leges* y multiplicando los capítulos y prescripciones, *per se scribenda*, aplicables a todos los individuos sin distinción de raza. Pero es en los terrenos político y religioso donde consagran los mayores esfuerzos.

Estructurado de modo más empírico que tradicional y con plan más germánico que romano, el reino franco, como todos los reinos bárbaros, sufre la falta de cimientos firmes y de armazón sólida. Basado en el poder personal y elevado sobre una rundimentaria armazón administrativa, ofrece poca resistencia a las tempestades políticas. La experiencia demostraba su fragilidad: en varias ocasiones los lagartos socavaron las paredes y éstas se derrumbaron. Constituido a través de varias campañas, el estado franco no presenta en realidad una unidad verdadera de estilo. Los carolingios, en especial Carlomagno, se empeñan en darle mayor solidez y armonía. Crean "marcas" en las fronteras, marcas cuyos jefes, dotados de amplios poderes militares, pueden detener rápida y eficazmente las amenazas de invasión. Suprimen los ducados, prácticamente autónomos, de Aquitania y Baviera y convierten estas regiones y a Italia en "reinos" cuyos titulares, príncipes de la sangre, dependen por completo de Aquisgrán. Medio hábil de conciliar las aspiraciones de las poblaciones, rebeldes a la asimilación, con las necesidades de la centralización. Establecen en todas partes, principalmente en las tierras conquistadas, funcionarios y vasallos austrasianos o alamanos que han ligado su suerte a la de la dinastía y secundan los fines unificadores de ésta[29]. Crean los *missi dominici*, "enviados del señor" que verifican viajes de inspección, hasta cuatro en un mismo año con el fin de mantener en contacto el poder central con sus representantes regionales y a la vez vigilar la ejecución de las órdenes y reprimir los abusos o las veleidades de independencia de los señores. Celebran juicios o "asambleas generales" anuales a las que asisten todos los dignatarios civiles y religiosos. Conceden la inmunidad a la mayoría de los grandes dominios eclesiásticos; a los condes, cuya fidelidad es siempre precaria, se les sustituye en muchos lugares por obispos y abades depositarios ahora de poderes públicos, ya que las gentes de la Iglesia son normalmente más seguras y procurarán que cada individuo cumpla con sus deberes judiciales y sobre todo militares[30]. Recurren con bastante frecuencia, en la administración, al documento escrito, "elemento por excelencia de regularidad y estabilidad"[31]. Concentran, a partir del año 800, es decir, desde el momento en que el Imperio presenta los primeros síntomas

de agotamiento, todos los poderes en manos del rey. Introducen en las costumbres francas la unción del soberano que confiere a éste un carácter sagrado y le hace merecedor del respeto de todos los cristianos[32]. Vuelven a poner en vigor el juramento de obediencia en lo que respecta a los adultos del sexo masculino[33]. En fin, generalizan las relaciones con los vasallos[34]. Cambian los altos funcionarios, personajes importantes, principales dignatarios eclesiásticos y ricos propietarios territoriales y los transforman en "hombres del rey" a quienes llama Richer *regis manibus sese militaturum committant fidemque spondeant ac sacramenta firment*[35] lo que equivale a ligarles con el vínculo más fuerte que se podía concebir en la época: con la *Treue*, que comporta verdaderos "votos". Después de haberse entregado tan solemnemente a alguien ¿no se dudará mucho antes de serle infiel? Animan además, aunque en escala inferior, a los simples libres para que reconozcan por señor a uno de estos mismos importantes personajes, lo que es asegurarse, por así decir, que por intermedio de éstos formen parte también del juicio y de la hueste. Si por ejemplo se llama al ejército a los condes éstos responderán no solamente como individuos sino también como vasallos del rey y los libres de su territorio le acompañarán por estos mismos motivos. El primer deber de un *vassus* es, en efecto, el de ayudar a su *senior* en la batalla. Esta larga enumeración prueba que no se ha olvidado nada para dar a Francia cohesión y estabilidad. Pero revela también la debilidad de los medios empleados. El empirismo continúa y las viejas concepciones persisten. Los carolingios sacan el mejor provecho posible de las circunstancias. No se inspiran en un plan de conjunto[36]. Tampoco se liberan de la noción germánica de poder. Las bases de su autoridad continúan siendo personales y por lo tanto frágiles. La consagración, el juramento de fidelidad y el feudalismo ayudarán a la monarquía a sobrevivir, pero ello no será óbice para que el reino se fragmente y sus fragmentos se desintegren. Únicamente Luis el Piadoso y sus consejeros tienen una visión más clara y amplia al poner su sello en el Imperio con la idea de Estado[37]. Pero no realizan su ambición de reconstruir el edificio sobre una base. No alcanzan sino a remozar la fachada.

Los carolingios otorgan tanto valor a la vitalidad religiosa como a la estabilidad política. Por razones tanto espirituales como temporales[38] desean una Iglesia pura y fuerte.

Pero a mediados del siglo VIII ésta está falta de salud y cohesión. Su clero es mediocre y está mal escogido: a los curas los elige el señor del territorio en donde se alza el templo; los obispos el rey o los nobles,

los abades los escogen los descendientes de los fundadores de la Casa en cuestión y en cuanto a los monjes frecuentemente son súbditos difíciles de los que éstos desean desentenderse. Apenas existe formación en el seno de esta Iglesia: algunos de sus miembros ignoran hasta los ritos del bautismo. Escaso celo: reducidos por los propietarios de las parroquias a la porción congrua, los sacerdotes se preocupan de cosas materiales mientras que los prelados salidos de las grandes familias se preocupan más de lo político que de lo pastoral. La Iglesia, pues, resulta apenas edificante y a veces es hasta escandalosa. Más sólidos cuadros permitirían poner remedio a esta situación o por lo menos atenuar sus efectos. Pero los obispos no consiguen hacerse obedecer, la mayoría de las sedes metropolitanas han desaparecido y el Papa queda lejos; las abadías no se inquietan por el Ordinario y todavía no tienen casa matriz.

A poco de suceder a su padre en Austrasia el piadoso Carlomán queda conmovido ante este estado de cosas[39]. Sin tardanza pide a San Bonifacio "que reúna un sínodo para corregir y mejorar la situación de las iglesias y de la religión". El ilustre misionero acepta y en abril del año 742 se celebra bajo su dirección un *Synodum germanicum* seguido de cerca por el concilio de Estinnes y en Neustria, en donde Pipino imita a su hermano mayor, el de Soissons. Los cánones decretados bajo forma de capitulares por estas asambleas y promulgados por la autoridad civil se proponen "restaurar el orden eclesiástico[40]. En concreto se trata de "reformar" primeramente al clero franco tanto secular como regular[41] exigiendo del primero un mínimo de conocimientos doctrinales y una perfecta dignidad de vida y agrupando enteramente al segundo bajo la regla de San Benito. Es preciso también proporcionarle una sólida armazón sin lo cual las más acertadas disposiciones corren peligro de convertirse en letra muerta. La jerarquía se reorganiza y se estrechan las relaciones entre sus diferentes grados: el cura había de dar cuenta de sus actos al obispo. El obispo deberá residir en la cabeza de su diócesis, sólo tendrá autoridad en ella, aun en lo que respecta a los monjes y obedecerá al metropolitano. El metropolitano a su vez tendrá obligación de regir su provincia como arzobispo, es decir, representante del Papa[42] y deberá mantener la unión entre éste y sus fieles. Los Sínodos nacionales o regionales ponen desde ahora en contacto a estos diferentes dignatarios y aseguran la unidad de acción. También se ocupan de la situación religiosa y solucionan los problemas que plantea. Inspirado en las experiencias anglosajona y germánica este programa resulta juicioso.

Por esta causa lo adoptan los sucesores de Carlomán. A su instigación los concilios se hacen cada vez más frecuentes y los capitulares más precisos y detallados[43]. Continuamente se recuerda a los clérigos su deber de significarlo todo para todos y de dar ejemplo; se les exhorta a conformar su conducta al *Liber regulae pastoralis* de Gregorio I; se les ordena la instrucción de sus ovejas, la visita a los enfermos, socorrer a pobres, albergar a los caminantes; se les prohíbe tener relaciones con mujeres, frecuentar tabernas, o entregarse a cualquier acción violenta o grosera. Con el fin de asegurar a los clérigos una mejor formación crean o mejoran sus escuelas y para facilitarles la predicación, los hombres de letras, incluso el mismo Alcuino, compilan las homilías. A imitación del de Metz, reformado por el obispo Crodegando, los capítulos deciden vivir en comunidad y en la pobreza individual. La regla de San Benito va ganado terreno, la autoridad episcopal se reafirma[44], se restablecen muchas metrópolis y los arzobispos no cesan de recordar en todos los lugares la autoridad universal del Papado. Entre el Papa y la dinastía, dados los mutuos sentimientos de gratitud, se estrechan las relaciones: el Papado ayuda a los carolingios a desplazar a los merovingios; los carolingios, a su vez, libran al Pontífice de la amenaza lombarda y dan a su poder una base material: el Patrimonio de San Pedro. Paulatinamente va renaciendo el orden, la disciplina y la jerarquía.

Todo esto es poco para un Pipino el Breve y para un Carlomagno. Más exigentes que Carlomán pretenden además la unidad litúrgica y de derecho canónico. Comprenden la importancia de los gestos, en especial para las masas ignorantes tan dadas a las interpretaciones simbólicas. Saben que un esplendor duradero de la Iglesia no es concebible sino a base de reglas precisas e incontestables. Como es lógico combaten la confusión reinante en estos dos terrenos.

Al comienzo de la Edad Media casi todo Occidente está dividido según dos observancias: el rito galicano y el rito romano. Bajo los merovingios la primera, seguida en demasiados países y desprovista de centro director, se ha diversificado y sus libros están corrompidos[45]. La otra, seguida en Roma y la Italia meridional y patrocinada por el Papado, conserva pureza y cohesión. Incluso, valiéndose del prestigio creciente del Soberano Pontífice, llega a traspasar sus pequeñas fronteras y contamina al otro rito. A partir del siglo VI penetran en la Galia ciertas fórmulas o ceremonias. A fines del VII, todo su "sacramental" gelasiano ha sido recopiado en la región de París. En el año 754 lo recibe la Iglesia de Metz. Ello sugiere que la mejor manera de restablecer el orden en Francia es imponer en todas partes el rito

romano. Y esto es lo que se deciden a hacer Pipino y Carlomagno [46] *Ob unanimitatem Apostolicae Sedis et Sanctae Dei Ecclesiae pacificam concordiam* y disponen en varias ocasiones la adopción de toda la liturgia romana: la "cantinela" o canto gregoriano, la "sacramental" gregoriana, el *ordo* y el *cursos* [47]. Se trata en todo caso de una liturgia romana adornada por Alcuino con cosas sacadas de los libros de origen o adopción francos, galicanos o gelasianos [48].

En derecho canónico Carlomagno aplica el mismo método. En el año 774 el concilio de Estinnes había ordenado observar los *antiquorum patrum canones*. ¿Pero cuáles eran estas antiguas leyes canónicas? ¿Dónde hallarlas? ¿En cuál de las recopilaciones existentes en el reino franco? Para poner fin a las dudas el soberano pide a Roma en el año 774 una colección auténtica de los antiguos cánones y parece que impuso la "recepción" de éstos en todo su clero. Sea como fuere esta *Collectio Dyonisiana-Hadriana* no elimina a la *Hispana* y los esfuerzos por aunar ambas en un solo código no logran un éxito completo [49].

Aún más ansioso de claridad y unidad que sus ascendientes — recordemos su sueño de un derecho único y la importancia que otorga a la noción de Imperio — Luis el Piadoso completa su reforma imponiendo idénticos usos a las comunidades religiosas. A pesar de la difusión de los estatutos de Crodegando de Metz entre los capítulos y de la obligación que a partir del año 742 tienen las abadías de seguir la regla de San Benito, canónigos y monjes observan aún a su ascensión al trono costumbres muy diversas y con frecuencia relajadas. En el año 816, convoca en Aquisgrán una primera asamblea de la que sale el *De institutione canonicorum* [50]. Este documento, cuya influencia será considerable, precisa en primer lugar lo que distingue el estado canónico del estado monástico, particularmente en lo que se refiere a la prohibición de poseer bienes propios. Establece a continuación las normas, bastante estrictamente comunitarias, a las que desde ahora deberán conformarse todos los canónigos del Imperio [51]. Un año más tarde un segundo sínodo, celebrado en Aquisgrán pero compuesto solamente por monjes, recibe el encargo de imponer en las abadías lo que se llama la *ordo regularis* y la *una consuetudo*. El capitular que recoge las decisiones es una adaptación y explicación de la regla de San Benito; tiene un gran alcance, mayor incluso que el *De institutione*, puesto que al dar mayor énfasis al Oficio, que alarga, y alejar a los monjes del trabajo, incluso del trabajo apostólico que los anglosajones tenían en lugar preeminente, determinará durante siglos la

dirección a seguir por los benedictinos [52]. Por último en el año 818, también en Aquisgrán, mientras que algunos monasterios obtienen el derecho de elegir libremente su superior, se decide, con el fin de prevenir en los otros las depredaciones de los malos abades, dividir los bienes de esos conventos en dos lotes, uno de los cuales queda destinado a las necesidades de los "hermanos". Entre tanto el gran inspirador de todas estas medidas Benito de Aniane, el "segundo San Benito" ha emprendido la tarea de asegurar la aplicación de estas disposiciones. Y tras una dedicación constante logra un éxito bastante aceptable [53].

Los resultados de esta acción perseverante, en los diversos aspectos de la vida religiosa, no son inmediatos y menos aún definitivos. La ignorancia, la relajación y la insubordinación no desaparecen a la primera imposición de cánones y capitulares así como tampoco destierran completamente las liturgias tradicionales, las colecciones jurídicas en uso en el siglo VIII o las costumbres propias de los capítulos y monasterios. La prueba la tenemos en que idénticas prescripciones han de ser repetidas una y otra vez. Graves amenazas se anuncian para el porvenir. Los obispos hacen papel más que nunca de personajes políticos [54]. La casi totalidad de las abadías se halla bajo la férula de los propietarios laicos. Los territorios eclesiásticos no quedan más a cubierto que en épocas anteriores de las desastrosas "secularizaciones" [55]. Aun así, en el transcurso de tres generaciones se han hecho tan importantes progresos que, a partir del año 820, la iglesia franca puede asumir el papel de protagonista en el "Renacimiento carolingio".

En efecto hacia esta fecha es, y gracias a estos progresos, cuando el movimiento de renovación intelectual y artístico buscado por Carlomagno cobra un auge real y su porvenir queda asegurado. No produce aún cantidad de frutos pero echa raíces tan poderosas entre el Loira y el Rin que muchas resistirán las numerosas tempestades del "siglo de hierro y plomo".

Se sabe el interés que, debido a sus preocupaciones religiosas, tenía por la cultura el más grande de los carolingios. Particularmente por las letras. Para él, como para los anglo-sajones, un clérigo sin formación e instrucción no tenía valor. "Si más vale — dice — actuar que saber hace falta saber antes de actuar" [55a]. Ordena, pues, abrir escuelas en todo el reino. Su programa se establece a la medida de sus ambiciones: los futuros sacerdotes aprenderán las nociones necesarias a la comprensión de los textos sagrados y a la ordenación de las

ceremonias de culto: solfeo, canto, cálculo y gramática[56]. Por consiguiente, solamente una de las siete ramas del *trivium* y el *cuadrivium*. No se trata, pues, sino de un mínimo de conocimientos pero nada impide que cada cual pueda ampliar estos horizontes. ¿No invitan acaso los capitulares a los *studia litterarum et liberalium artium*?[57] Además la gramática no queda confinada a estrechos límites. Como tal estudio de la lengua de los autores, por ella puede llegarse fácilmente al conocimiento directo de éstos.

Carlomagno, si bien insiste menos en lo que respecta a las artes, tampoco las olvida. ¿Cómo podría hacerlo? La liturgia y sus pompas, a las cuales él concede tanto valor, no tendrían brillantez en iglesias destartaladas y pobres. Por esto recomienda varias veces a obispos y a *missi* que vigilen la buena construcción y conservación de éstas y miren por que su ornamentación sea decente[58]. Al mismo tiempo, al ordenar la sustitución del rito galicano por el rito romano, al igual que al promover la enseñanza, abre vastas posibilidades a la miniatura. Obliga a los capítulos y los monasterios a remplazar sus manuscritos litúrgicos y a componerse bibliotecas escolares. Algunos de ellos se procuran en el extranjero, sobre todo en Inglaterra y en Italia, los libros indispensables. Otros, más numerosos, los hacen copiar en el mismo monasterio, o en un *scriptorium* del país[59]. La reforma litúrgica y la renovación intelectual ofrecen, pues, a los miniaturistas francos la ocasión de trabajar y de afirmar así su talento, y al mismo tiempo les ofrecen modelos donde elegir: *códices* anglosajones, generalmente cuidados ya que la iglesia insular tiene verdadera pasión por los libros hermosos[60], e italianos llenos de preciosas reminiscencias clásicas.

Sin estabilidad política, estas diversas ordenanzas no hubieran tenido apenas consecuencias. Pero ya hemos visto que reina la paz y el orden. La autoridad es fuerte, sus decisiones son respetadas. Se crean escuelas o se reorganizan principalmente en las abadías y, a excepción hecha de Tours, en el Norte, en Saint-Wandrille, Saint-Riquier, Corbie, Gorze, Fulda, Lorsch, San Gall y Reichenau[61]. Las bibliotecas se hallan adjuntas y son lo bastante ricas como para permitir a los maestros y a los alumnos más aventajados ir más allá del humilde programa de la *Admonitio generalis* e iniciarse, por ejemplo, en dialéctica o en astronomía. En el propio palacio viven profesores extranjeros que redactan manuales y cuyo trato proporciona a los individuos de más talento, de antemano desbastados en los claustros, la ocasión de completar y ampliar sus conocimientos[62]. El emperador y sus familiares, Teodulfo, Angilberto, Hildebaldo, erigen suntuosas construcciones en Aquisgrán, Germigny-des-Près, Saint-Riquier y Co-

lonia[63]. La necesidad de libros litúrgicos provoca el nacimiento en Tréveris o más bien en Aquisgrán de una escuela de iluminación en la que la influencia antigua no ahoga la originalidad de los Evangeliarios Ada[64]. En piezas como el cáliz de Tassilon los orfebres ponen de manifiesto su maestría y el provecho que sacan de las lecciones clásica e inglesa[65]. En una palabra, gracias a la calma el movimiento cobra impulso.

Bajo Carlomagno este impulso, sobre todo en el campo de las letras, continúa siendo algo artificial. Con la excepción de Angilberto, organizador de talento pero mediocre escritor y pensador, todos los escritores son extranjeros. Las controversias teológicas, por ejemplo, están a cargo del anglosajón Alcuino, el lombardo Paulino de Aquilea y el visigodo Teodulfo[66]. Las obras son poco numerosas y de escaso valor. Únicamente merecen citarse los poemas de Teodulfo, especialmente su bello himno del domingo de Ramos y la *Historia Langobardorum* de Pablo Diácono, que era lombardo[67].

Los monumentos son aún más raros [68]. Pero ya despuntan magníficos logros y promesas. Su originalidad, armonía y técnica hacen de la capilla de Aquisgrán una obra maestra y, unido esto a su papel histórico y al simbolismo de las formas, su influencia será perdurable. La planta poligonal es evocadora de la Jerusalén celeste [69] y durante más de dos siglos la veremos repetida con frecuencia en el Norte [70]. Sus cubiertas: bóveda de cañón o de aristas y la cúpula, orientarán a los arquitectos hacia los edificios abovedados. La abadía de Saint-Riquier es notable por sus dimensiones — cerca de 90 metros de largo — y más aún por la novedad de su "macizo occidental" [71]. Con su entresuelo abovedado que se abre sobre la nave (pórtico), con su piso que alberga una capilla rodeada de tribunas (iglesia) y con su torre linterna que se eleva a 60 metros constituye el prototipo o uno de los prototipos de lo que los especialistas llaman la iglesia-pórtico. La catedral de Colonia emplea también en gran escala la planta de doble ábside, uno a cada lado de la construcción y que ya aparecía en el siglo VI en Saint Maurice de Agaune en Valais [72]. En Picardía y en la ribera del Rin se elabora así un estilo extremadamente monumental que se empleará durante largo tiempo particularmente en Germania y que legará a su sucesor, el románico, elementos esenciales: la estructura del antecuerpo y en especial el sentido del volumen.

Hacia los años 810-820, con la nueva generación y los primeros resultados de la reorganización religiosa, el movimiento puede afianzarse y aquí y allá expandirse incluso en el terreno literario.

En primer lugar el cambio más claro e importante ocurre en el terreno intelectual: el Renacimiento se hace franco. Del antiguo reino proceden la mayoría de los obreros. Aún hay algunos extranjeros: algún italiano como Anastasio el Bibliotecario, irlandeses como Juan Escoto, Sedulio y sus compatriotas de Laon. Pero en este momento representan una minoría. Con Luis el Piadoso, Rabano Mauro de Maguncia, Walafredo Estrabon, un suabo, y Eginardo, cuyo nombre habla de su ascendencia germánica, ocupan las vacantes de Alcuino, Teodulfo y Pablo Diácono.

El Renacimiento se amplifica también. Llega hasta un número cada vez mayor de capítulos y de abadías del centro y del norte del Imperio. Mientras que las escuelas de Corbie, Fulda, Reichenau o San Gall, ya existentes bajo Carlomagno, cobran un nuevo auge, otras que hace nada apenas eran apreciadas o que son de reciente fundación les disputan la palma: Lyon, Auxerre, Corvey, etc. Los copistas de unas y otras (Fleury-sur-Loire, Saint-Germain-des-Près,

Saint-Denis, Saint Bertin, Saint-Amand) intensifican su actividad y, gracias a su celo, las bibliotecas crecen rápidamente [73]. Las producciones se multiplican en los géneros más diversos. La mentalidad de ciertos rectores y autores se ensancha: Servato Loup, de Ferrières, no es el único en considerar que el estudio de las artes liberales no es más que un medio de comprender las Escrituras y que "la sabiduría tiene un valor en sí misma" abstracción hecha de toda preocupación exegética.

Tal ambiente es propicio a la maduración de talentos científicos y sobre todo literarios y no falta durante los dos primeros tercios del siglo IX [74]. Pascasio Radaberto, de Corbie, podría muy bien ser el primer teólogo de nuestra Edad Media. En todo caso su *Liber de corpore et sanguine Domini*, donde afirma con fuerza la presencia real de Cristo en la Eucaristía, constituye una excelente contribución a la controversia eucarística cuya novedad compensa en parte la originalidad bastante relativa de los antagonistas y que fue lanzada por el liturgista Amalario de Tréveris y Metz, proseguida por el diácono Floro de Lyon e ilustrada por otro monje de Corbie adversario decidido del primero, Ratramme [75]. De teología tanto como de filosofía — ya que ambos terrenos están todavía sin delimitar — trata la *De divisione naturae*. La mente más cultivada y poderosa del momento, Juan Escoto Erigena emprende la tarea de esclarecer la fe por medio de la razón y, ayudándose con las concepciones neoplatónicas que su conocimiento del griego le han hecho familiares llega a elaborar un sistema completo sobre el universo. Objeto, método, ideas, todo en la obra, demasiado avanzada para que el autor haga escuela, resulta nuevo en este Occidente bárbaro [76]. En un género muy diferente brillan Walafredo Estrabon, Sedulio Scotto, Gottschalk y Wandalberto de Prüm; se trata en este caso de verdaderos poetas. El abad de Reichenau lo es por su frescor, su sentimiento de la naturaleza y el gusto; su *Hortulus*, descripción del jardinillo del convento, está lleno de encanto [77]. El irlandés tiene un verbo y un instinto musicales. El monje sajón es notable por su sinceridad y su sentido del ritmo. Al último no se le puede reprochar sino haber elegido mal el tema: un martirologio se presta poco a efusiones líricas [78]. Piezas anónimas rivalizan con las composiciones de estos autores: el *Ave Maris Stella*, el *Veni Creator*, las primeras secuencias. En Historia, la *Vita Karoli Magni* de Eginardo es el escrito más conocido del renacimiento carolingio y nadie pone en duda el interés de la forma sino el del fondo [79]. Por el contrario en el fondo está precisamente el mérito de la *Vita Ludovici Pii* del Astrónomo y del *Liber pontificalis ecclesiae Ravennatis* de Agnello [80].

Por último Servato Loup, cuya correspondencia es prueba de su aticismo, anuncia a los humanistas de los siglos XII y XVI [81].

Podríamos alargar la lista de nombres y títulos pero de esa manera daríamos la impresión de que los autores de la época son todos muy personales. Y nada resulta más falso. Incluso los que acabamos de citar no siempre lo son. El resto son más bien eruditos que pensadores, y más bien artesanos que artistas. Son producciones literarias, son normalmente poemas, puesto que todo se dice en verso, muy faltos de naturalidad; el lenguaje es correcto, el vocabulario rico, la versificación hábil pero carecen de vida. Por lo normal sus escritos históricos caen en los mismos defectos que los de sus antecesores: abuso de lugares comunes y de la amplificación en las "Vidas de los Santos", falta de síntesis en los *Annales* o en las "Gestas" de obispos y abades. Sus tratados de teología, de exégesis, de ascesis o de política se reducen de ordinario a extractos de los textos escriturarios, patrísticos o conciliares. Las citas ocupan el lugar de los argumentos y el recurrir a las "autoridades" evita tener que reflexionar excesivamente [82]. En este aspecto no hay progresos notables. Bajo Luis el Piadoso y Carlos el Calvo los escritores, ahora francos en su mayoría, abundan más y las obras verdaderamente interesantes son menos raras. Pero el afán de imitación y la compilación sofocan aún toda espontaneidad y originalidad. Tras dos o tres generaciones el renacimiento conserva la huella de las escuelas en las que se ha originado.

¿Tenemos que deplorarlo? Al seguir muy de cerca a los modelos e inspirarse casi servilmente en los antiguos, los sabios y los literatos carolingios perdieron sin duda alguna, por lo menos los mejor dotados, su personalidad. Pero no lo perdieron todo. Antes bien asimilaron la cultura antigua y comenzaron a adaptarla a las normas cristianas en los puntos en que se hacía necesario. De ella aprendieron a componer. De ella tomaron los elementos principales de una lengua que convirtieron en la del Occidente intelectual, ese latín medieval lo bastante rico para satisfacer todas las exigencias del momento y lo bastante moldeable para adaptarse luego a nuevas necesidades. Al recopiar incesantemente las obras salvaron muchas de ellas y adquirieron ellos mismos la costumbre de respetar los textos y de no despreciar las opiniones de sus predecesores. Al hacer esto ¿no prepararon un futuro tan interesante como si hubiesen compuesto bellos versos o formulado nuevas ideas? Si el renacimiento carolingio hubiera sido más brillante, más independiente, ¿hubiera sido más sólido? ¿No habría carecido entonces de cimientos, no se hubiera convertido en el disfrute de unos pocos y no hubiera por tanto desaparecido con

los desórdenes políticos y religiosos de fines del siglo IX? Si llegó a superarlos ¿no fue acaso porque con los materiales tomados de la Antigüedad había plantado firmes asideros y porque, al no exigir demasiado, se había hecho accesible a multitud de plácidos estudiosos, algunos de los cuales consiguieron a pesar de los males que sobrevendrían a este renacimiento, transmitir esa herencia a las generaciones futuras? ¿No es cierto que las construcciones grandes y poderosas resisten mejor a los huracanes que una simple flecha que atraviesa el aire?

Bajo los reinados del hijo y el nieto de Carlomagno la actividad en el campo de las artes es también grande. En el Loira, al norte de este río y en Lombardía, arquitectos, pintores y escultores trabajan y abren camino al arte románico. Gracias al número de talleres importantes que existen a partir del año 815, la arquitectura consolida y completa los logros del período precedente. En Reims, en Champaña, en Corvey, en Westfalia, en Reichenau, a orillas del lago de Constanza se levantan antecuerpos y se crean espacios que demuestran sentido de la grandiosidad y la medida. En San Gall, entre el ábside y el transepto, se inserta una bovedilla y de esta manera se crea el coro. Se sustituyen las columnas por pilares y, por ejemplo, los de San Filiberto de Grandlieu, en el 836, son ya cruciformes y por lo tanto se hallan preparados para recibir una bóveda. En el presbiterio de San Filiberto y en las criptas de San Germán de Auxerre se disponen tres ábsides, lo que anuncia ya la planta llamada benedictina. En las ampliaciones de San Filiberto, siempre en el año 847, y de San Germán de Auxerre en el 859 se bosqueja el deambulatorio con capillas radiales [83]. A estas innovaciones de los arquitectos francos se suma, como prueba última de la fecundidad de la época, la aparición, más allá de los montes, del "primer arte románico" con su característica decoración de bandas y arquerías ciegas tomada de Rávena.

Para embellecer y ornar las creaciones de los arquitectos, así como para satisfacer los gustos fastuosos de la época, otros artistas despliegan con frecuencia los recursos de su innegable talento. Mosaístas, pintores y vidrieros se dividen las paredes de iglesias y palacios y en ellas hacen cantar la sinfonía de sus oros, los azules y los púrpuras bizantinos, como en Aquisgrán y en Germigny, o, como en San Germán de Auxerre, la melodía más discreta, que se convertirá en el *leitmotiv* del fresco "francés", de los sanguinos, ocres, grises y blancos [84]. A los escultores incumbe la tarea de enriquecer los tesoros de los grandes señores, amueblar los edificios y, en más rara ocasión, decorar los capiteles e incluso los presbiterios. O bien porque fueran poco hábiles

para trabajar la piedra o bien porque desdeñaran este material, ejecutan armas y coronas, estatuas y figurillas, mesas y antealtares, placas de púlpito, candelabros y crucifijos, cálices y patenas, encuadernaciones y dípticos en materiales más lujosos o más blandos como estuco, terracota, bronce, metales preciosos y marfil. Demasiado frágiles o demasiado expuestos al robo o a ser fundidas de nuevo en los períodos difíciles, estas obras desaparecieron en la mayoría de los casos. Las que subsisten dan una alta idea del conjunto. Algunas, en efecto, asombran por su realización: las estatuas en estuco de Cividale del Friul, el *pallioto* repujado de Milán, el disco en cristal de roca de Waulsort, la placa de marfil del Evangeliario de Metz o las puertas de bronce de Aquisgrán y la estatuilla de Carlomagno anuncian ya la gran orfebrería renana y mosana [85]. Por último los miniaturistas se encargan de componer libros, en especial libros de coro, objetos de precio, realzándolos con letras ornamentadas y con miniaturas que tan pronto se ejecutan, en San Vaast, como en San Amando o, antes del año 867, en San Denis, bien en el estilo "insular" geométrico y ornamental, bien con un realismo y un sentido dramático sobrecogedores. A este segundo estilo —característico de Tours en la época del conde Vivien, de San Denis en el último tercio del siglo, y sobre todo de la región de Reims—, debemos las obras maestras de la época: el Evangeliario de Hautvillers, el Salterio de Utrecht, donde el color queda superado por el dibujo, la Primera Biblia de Carlos el Calvo, el Evangeliario de Loisel, y la Biblia de San Pablo Extramuros.

Mosaístas, pintores de frescos, vidrieros, escultores, modeladores, fundidores, orfebres, grabadores, cinceladores, ornamentadores y miniaturistas: la variedad es considerable. Esta variedad no excluye la existencia de caracteres comunes y los más notables son la diversidad de la inspiración y la preponderancia, cada vez más fuerte, de la influencia antigua. El arte carolingio es ecléctico. Admira y por lo tanto imita todo lo que de bello ha producido Roma, las monarquías helénicas, Persia, Siria, los nómadas asiáticos y sus herederos, Italia, Bizancio, Inglaterra, España y la propia Galia. Así pierde fatalmente su individualidad: a medida que da cabida a más ideas, menos consigue dominarlas y fundirlas en un estilo único y nuevo. Pero gana riqueza y prepara un gran futuro: crea un asombroso repertorio de temas, formas y técnicas que el románico utilizara ampliamente. Si se hubiera cerrado por ejemplo a la influencia de Bizancio, los frescos de Berzé-la-Ville no hubieran sido pintados; si hubiera renegado de la herencia bárbara, la escultura de los "imagineros" habría sido menos viva. La impersonalidad, en cierto modo relativa —muchas de

15. San Lucas. Miniatura del Evangeliario de Otón III. Hacia el año 1000. *Bayerische Staatsbibliothek*, Munich.

16. Jesús caminando sobre las aguas. Relieve procedente de San Pedro de Roda. Museo Marés. Barcelona.

las miniaturas de la época no son sino simples copias—del siglo IX es la base de la originalidad de los siglos XI y XII. Pero los ríos que tributan sus aguas al período carolingio no aportan todos el mismo caudal. La corriente que nace de la Antigüedad clásica desaparece y aflora a medida que el recorrido se alarga [86]. La parte que se le va concediendo al hombre atestigua claramente su creciente importancia. Es cierto que el hombre no dejó nunca de interesar a Occidente. Desde los siglos V al VIII los pintores francos y en especial los escultores e iluminadores italianos y anglosajones lo tomaron por modelo. Pero fue postergado y se prefirió la decoración. Y he aquí que recobra su papel de protagonista. De nuevo encontramos en todas partes la figura humana: sobre la tapa del salterio de Carlos el Calvo, en los bajorelieves del altar portátil de San Emmeran de Ratisbona, en el presbiterio de San Benito de Mals, en el Tirol, en la urna de San Remigio de Reims y hasta en los historiados vitrales de San Benigno de Dijon. Los artistas carolingios continúan decorando pero sobre todo describen y cuentan. También en este sentido preparan el advenimiento del arte románico.

Las artes principalmente son más personales, más creadoras, que las ciencias y las letras lo que viene explicado por la presencia en la Galia misma de tradiciones que les sirven de trampolín: No son, por decirlo así, "artículo de importación" hasta el punto que lo son ciencias y letras. Pero presentan las mismas fallas y tampoco suelen ser originales. En ambos terrenos la época carolingia está falta de vigor. Rara vez produce novedades ya que no tiene fuerza para desembarazarse de las influencias a las que sin embargo tiene el mérito de abrirse largamente y aun de integrarlas en un todo homogéneo. Ni siquiera en la persona de Juan Escoto, consigue conciliar los datos de la revelación con las concepciones de los filósofos, como tampoco logra —¿es que siquiera lo intenta?—subordinar todas las técnicas a la arquitectura con el fin de que la obra produzca un solo efecto de conjunto. Y es que todo ello no supone sino un comienzo: acumula materiales de remplazo a los que confiere un primer aire medieval y crea algunos nuevos, especialmente en arquitectura; forja instrumentos como el latín medieval; señala direcciones; pero ni sistematiza ni sintetiza.

Es, decimos, sólo un comienzo: el comienzo de la auténtica civilización medieval. Presenta ya todos los rasgos esenciales de ésta. El marco geográfico: se centra entre el Loira y el Rin, y es común a todo el Occidente cristiano; los escritores de Reichenau o los orfebres de Saint-Gall pertenecen a la misma familia que los de Auxerre u

Oviedo, la arquitectura carolingia influye en la asturiana [87] y pronto literatura y ciencias continentales llegarán a Inglaterra con un Grimbaldo que ayudará a Alfredo el Grande a restaurar los estudios en sus Estados asolados por los normandos o con un Oswaldo que se formará en Fleury-sur-Loire antes de convertirse en arzobispo de York [88]. Los elementos: como aquellos con los que se enriquecerán los siglos venideros, son de procedencia diversa: bizantinos, orientales, bárbaros, antiguos y, lo que también persistirá a lo largo de toda la Edad Media, los últimos sobrepasan a todos en número e importancia. El espíritu, en fin, que es cristiano. La expresión "Renacimiento" aplicada al movimiento intelectual y artístico del siglo IX es equívoca: el período carolingio mira hacia la Antigüedad, pero a pesar de que se interesa en las obras paganas, no le dedica una admiración exclusiva y ciega, no adopta sus ideales. Se basa en el cristianismo que es a quien únicamente quiere servir. Walafredo Estrabon se inspira, es verdad, en Virgilio y Ovidio pero sus versos tienen un sonido muy otro de los de sus modelos. A imitación de los antiguos, los miniaturistas más que ornamentar cuentan y describen, pero lo que ellos describen es la Biblia y es el Cristo a quien ellos muestran, o sus discípulos los apóstoles, y los evangelistas sus amigos, los santos sus sucesores, los pontífices y sus delegados, los reyes. El hombre reaparece en el arte del siglo IX, pero se trata del hombre religioso.

Por otra parte, del siglo de los carolingios al de San Luis no habrá solución de continuidad. La obra cultural de los descendientes de Carlos Martel será pronto puesta en peligro ya que su obra política y religiosa pronto se verá que resulta efímera. Con mayor o menos rapidez, de modo más o menos completo irá perdiendo terreno en tal o cual región. Pero mantendrá ciertas posiciones desde donde, una vez conjurada la amenaza, podrá avanzar hacia nuevas cumbres.

SEGUNDA PARTE

EL MEDIODÍA

No se ha extinguido aún la dinastía carolingia cuando ya sus logros quedan anulados o se ven amenazados. Triunfa el fraccionamiento y, con él, el desorden. La secularización de la Iglesia mina los resultados de la reforma religiosa. A lomos de la anarquía y el relajamiento, la barbarie da una nueva batida y la cultura no es capaz de afrontarla sino con grandes penalidades. En los alrededores del año 900, el reino de Carlomagno da la impresión de haber sido sólo un entreacto y que la historia vuelve a seguir su curso interrumpido dos siglos antes por obra y gracia de los mayordomos de palacio.

Como elemento más vulnerable de toda la obra, ya que siempre es una empresa aleatoria someter bajo una misma autoridad a pueblos diversos y que ocupan vastos territorios, en primer lugar desaparece la unidad política. La causa profunda de su ruina nos resulta familiar: la debilidad de estructura que el reino franco ha heredado de sus fundadores germánicos. Las medidas carolingias no pudieron poner remedio. Algunas de ellas desaparecen en seguida: los *missi dominici* dejan de ejercer un control eficaz desde el momento en que el emperador acuerda no despachar sino con la conformidad de los grandes y designarlos por elección entre los obispos y condes de la región interesada. Está claro que la institución perdía de este modo toda eficacia y significación: no se puede inspeccionar uno a sí mismo y se tiende más bien a proteger que a corregir a aquéllos con los que se convive diariamente y cuya ayuda se puede necesitar un buen día. Otras innovaciones, por lo menos momentáneas, agravan el mal, sobre todo las relaciones de vasallaje ya que al convertir los funcionarios en feudatarios se acentúa el carácter personal de las instituciones, que